

RE DACCION Y ADMINISTRACION

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

15 CENTIMOS NÚMERO

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

PUERTO RICO

Los periódicos americanos declaran que, á partir de ayer diecinueve, la isla de Puerto Rico, que ha pertenecido á España desde su descubrimiento, hace cuatro siglos, forma parte de la Unión Americana.

A las doce del día se izaba la bandera de los Estados Unidos en todos los fuertes y edificios públicos, siendo saludada con salvas de artillería.

LOS APAGADORES

—Sabe bien vuesa merced, que si nos han vencido... mejor dicho, si no hemos podido sostener por mucho tiempo nuestras posiciones, se debió, más que al poder de los yanquis, á nuestra pobreza, á la falta de alimentos, y sobre todo, de armamentos y de barcos, hay que achacar la desgracia, la mala fortuna nuestra.

—Así es, y mucha verdad, Sancho.

—¿Y por qué no teníamos armas ni barcos?

—Dicen algunos que los gobiernos...

—Los gobiernos malos son, fueron y serán, pero ¿no cree vuesa merced que hay gran número de malvados y de tontos que les ayudan, los cuales tontos y malvados defendieron el famoso presupuesto de la paz, se opusieron siempre al aumento de la marina de guerra y á todo cuanto significara formar un verdadero ejército de mar y tierra? Los mismos politiqueros, abogadillos parlantes que representando en las Cámaras el papel de Cartones...

—Catones querrás decir.

—Representando esos papeles, digo anuncian sus bufetes. Y con los tales abogadillos, maestros pedantes —que cobran y no van á sus cátedras,—negociantes que, á la vez que hacen de enemigos del gobierno—aparentes, por supuesto,—tienen las contratas de algunos servicios públicos—y además varios corveidiles de algunos periódicos.—En fin, una tropa que alardea de cosmopolitismo y liberalismo, y que ha contribuido á mantener vivas en las colonias y aquí en la patria, las barbaridades separatistas, y que cuando vieron que la nación se alzaba poderosa y activa, fingieron patriotismo exaltado... y deseando que la guerra nos fuese adversa... no bien les ha sido cómodo... se han quitado la careta... y todo se les vuelve hablar de la paz casera, del remiendo de los calcetines y del cultivo de las calabazas.

A éstos, que forman una clase, la del *Cupón*, se debió el vergonzoso resultado de la suscripción nacional.—¿Y ellos hablan de industria y de trabajo... siendo así que sus riquezas se hicieron con la usura, con papel de deuda exterior, y se mantiene en lo mismo y por lo mismo y para lo mismo? ¡Éstos se oponen á la contribución de guerra, fundándose en que la guerra ha terminado!... ¡Dicen que para qué aspiramos á tener ejército, ni marina! ¿Qué le parece á vuesa merced? Advierto á vuesa merced que revolucionarios ó carlistas, pasivos, muchos de ellos deben su fortuna á las guerras, á las discordias civiles.

—Bien, Sancho, como España ha perdido sus colonias...

—Claro... ¡Ah! señor D. Quijote, que es irritante y necio que los maestrillos de conferencias, los periodistas á la *violetta*, las *instituciones románticas*... brinden opinión con necias «sensibilidades»...

—Pero, ¿piensas, Sancho que á esos necios se les hace caso?

—¡Ah! ¿y qué me importa que no se les haga caso si á mí me dan asco, y por ello pediría una ley para que tales sandeces ni se escribieran, ni se parlasen...

—El derecho es el derecho...

—El derecho... ¡Bah! ¡bah!

—¿Qué murmuras, Sancho?

—Nada. Vuesa merced tiene razón... el derecho; pero cuando necesito hacer una caminata reconozco que es muy útil un buen caballo; el caballo me parece un hermoso animal, y cuando un enemigo noble monta á caballo para perseguirme, por decir estoy á vuesa merced que aunque me pese no maldigo de los caballos... pero cuando el que monta en éste es un tuno ó necio que por ir á caballo se envanece... y hace daño, reniego hasta del caballito.

Mire vuesa merced por el mundo y verá que todos los pueblos están armados hasta los dientes. Pues aquí la ocasión oportuna para que nosotros, que estamos mal de medios de defensa, quedemos peor... Claro es que aún son codiciales las Canarias, las Baleares y hasta nuestras narices...

No hay pueblo alguno, que no ya para defender colonias ó para conquistar territorios, sino sencillamente para poder mantener su comercio carezca de marina y ejército... porque en esto de preponderancia mercantil no valen ofrecer muchos y buenos productos para superar á otros pueblos en los mercados... sino que es necesario que no nos impidan importar á ellos nuestros productos... Ejemplo: un ilustre español—sabio que ha residido mucho en Tánger—y al cual, por no herir en su modestia no quiero nombrar, descubrió que en gran parte de Marruecos no se comía pan sino amasado con anís. El anís se hubiera dado bien en Tánger, pero sabido es lo indolentes y rutinarios que son nuestros papás los moros, no lo cultivaban. ¿De dónde provenía el anís del consumo? ¿De Inglaterra dirá vuesa merced? Así era, y los ingleses lo compraban en Andalucía. Ocurriósele á nuestro amigo proponer á los mismos andaluces que suministraban el anís que ellos lo mandasen directamente á Africa... pues bien, los ingleses impondrán bien pronto... un tributo á todo anís que se importe de España... y volverán ellos á ser los importadores... ¿Por qué? Por su influjo. ¿A qué deben su influjo? Al poderío marítimo y militar superior al nuestro. Siendo así, señor mío, desarmémonos. Oigamos al malvado *bourgeois*... ó á los farsantes que hacen papeles de redentores del pueblo.

Claro es, señor, que lo que dije de los anisitos podrá decirse de todo cuanto producto natural ó de nuestro ingenio y de nuestras manos quisiéramos exportar para nuestras ganancias.

—Sancho, y si del dinero que los Gobiernos buscan para arreglo del ejército y de la marina, no llegase á estos nobles institutos un céntimo...

—Siendo así, que fuera como vuesa merced dice, más vale atar el bolso; pero entonces haga vuesa merced lo que esos tunos que desde hace cuatro meses vienen

dedicándose á soplar en el fuego del sentimiento patrio: hágase apagador. Pero no se hable ni de nación, ni de cosa alguna; y si se quiere, como ellos dicen jellos que jamás han trabajado! trabajar y comerciar, aténganse al refrán:

«A la tienda la guarda el perro y la estaca.»

LA RESPUESTA DEL DIABLO

Ya vuelve el cruzado cubierto de heridas;
enfrente descuella su torre feudal,
detiene el caballo, recoge las bridas
y huella dichoso la tierra natal.

¡Qué poco le falta! Se ve el centinela,
se escuchan los ecos de patria canción...
recobra la silla, requiere la espuela
y lanza al galope su raudo bridón.

Ya bajan al puente, rechina el rastrillo,
veloz le atraviesa su noble corcel...
¡Aquel es su patrio, su viejo castillo!
¡Es él, escuderos! ¡Soldados, es él!

¡Silencio profundo! Ningún escudero
que tenga el estribo le ayuda á bajar...
nublándose el rostro del buen caballero,
sospecha celosa le viene á asaltar.

—Mi fiel castellana, mi sol de Occidente,
mi hermano querido, guardián de mi honor:
venid; soy el Conde que vuelve de Oriente
cargado de glorias, sediento de amor.

El mismo silencio. Ninguno responde,
ni acude á sus gritos el siervo más vil.
La duda le aguija y lánzase el Conde
de estancia en estancia, siniestro, febril.

De negras traiciones temiendo los lazos,
franquea convulso la alcoba nupcial;
dos brazos de hierro sujetan sus brazos
y siente los filos de agudo puñal.

Primero un rugido, después un sollozo...
La lucha imposible y rápido el fin.
Tras esto las sombras de ruín calabozo,
y en él el cruzado rugiendo:—¡Cain!

¡Terrible destino del buen castellano!
¡Partir al Oriente, por Cristo vencer;
venderle su esposa, su perdido hermano,
y en premio la infamia, la muerte al volver!

A Dios en sus cuitas invoca espirante
y Dios no le escucha ni calma su afán;
después, con la fiebre del último instante,
blasfemo, el cruzado conjura á Satán.

Satán, que le oía, con todo desprecio,
—¡A buen hora—dijo—me llamas á tí!
¿A mí qué me cuentas? Pero dí, gran necio:
¿Qué más te pasara luchando por mí?

SEGOVIA ROCABERTI.

DON QUIJOTE



PROGRAMA DE D. CARLOS
Relaciones entre la Iglesia y el Estado.



¿Quién ganará la partida?



¡La tempestad se aproxima!



Tocando a llamada



CUENTO ARAGONES
—¡Chúfla, chúfla! ¡Como no te apartes tú!



¿Quién se la llevará?



Al único a quien falta consultar

SEMBLANZA

«Formándose hoy cálculos en un círculo de personas políticas sobre el tiempo probable en que el Sr. Sagasta podrá desaparecer del poder, decía un personaje político:

—Desengañense ustedes, que el Sr. Sagasta vivirá asido á su poltrona mientras quede en España alguna cosa que pueda desaparecer. Es su sino desde que comenzó su carrera; cuanto le ha rodeado lo ha visto desaparecer, dejándole siempre de pie.

Empezó su carrera en la redacción de *La Iberia*; vió desaparecer á Calvo Asensio. Se metió en las conspiraciones políticas de su tiempo; vió desaparecer el trono de Doña Isabel. Vino triunfante á la revolución en brazos del conde de Reus, de quien fué ministro perpetuo; vió desaparecer al general Prim.

Le entregó el rey D. Amadeo la jefatura privilegiada de los gobiernos de su monarquía; vió desaparecer la monarquía de D. Amadeo. Se alió con el duque de la Torre para derribar la República; vió desaparecer en sus manos la República, y á poco el duque de la Torre. Le brindó la monarquía de D. Alfonso XII el ramo de oliva y el signo de la concordia; vió desaparecer al rey D. Alfonso. Abandonóle Cánovas del Castillo las riendas del poder en la Regencia; vió desaparecer á Cánovas del Castillo. Le entregó la Regencia la defensa de la integridad de la Patria; ha visto desaparecer todo nuestro poder colonial. ¿Qué le queda al Sr. Sagasta ver desaparecer todavía?

Todo, todo desaparecerá... hasta la Patria; menos él.»

(De *La Época*.)

QUISICOSAS

A la llegada de un tren así exclamaba un sujeto:

—No veo en este tren carne, solamente huesos veo, porque vienen los soldados hechos unos esqueletos.

Y un soldado que esto oía, le replicó: —Caballero, en esos coches salones verá usted, si no está ciego, la carne, toda la carne arrancada á nuestros huesos.

Señor ministro de Hacienda:

El contribuyente chilla, porque con tantos recargos se va á quedar sin camisa. Si quiere sacar dinero haga usted economías; mas no empiece por abajo, empiece usted por arriba.

—¿Por qué llora usted, buen hombre?

—Porque en Cuba perdí un hijo, y para aumentar mis penas, me embarga la casa el Fisco.

—¿No fuma usted, don Gaspar?

—No, señor.

—¿No tiene gana?

—Desde que estuve en la Habana

no he vuelto, amigo á fumar.

—¿Allí usted mucho fumó?

—Cien brevas fumaba al día.

—¿Fumar era!

—Pues había

quien fumaba más que yo.

VICENTE RUBIO.

EL ORDEN

¡Libreme el cielo de decir nada contra el orden público! Sobre que le amo, acato, venero, reverencio y pongo por los cuernos de la luna, ¡bonitos están los tiempos para permitirme cualquier desahogo antiordenancista, aunque el diablo á ello me incitase! Sólo si

me será lícito, si no lo ha el censor benigno por enojo, exponer una duda que á este propósito me asedia. La cual duda es, en substancia, la siguiente:

Llamamos bueno á un cuchillo cuando corta, y á una luz cuando alumbrá, y á una pluma cuando escribe, y á un manjar cuando agrada y alimenta. Buena es el agua cuando aplaca la sed, y bueno el medicamento que cura. Es buena madre la mujer que cria á sus hijos y los cuida, y buen amigo el que á sus amigos quiere y atiende. Quien bien se bate es buen soldado, quien bien enseña buen maestro, quien bien sentencia buen juez. En suma; trátese de lo que se quiera, lo llamamos bueno cuando sirve para cumplir el fin á que está destinado.

Tal es para nosotros el criterio de la bondad y excelencia, que hacen que á nuestros ojos sean las cosas óptimas y apetecibles. Nada es bueno ó malo por sí mismo. Todo es bueno ó malo en relación al objeto á que se encamina. Podrá tacharse este sentido de utilitario. Es, sin embargo, el que todos tenemos. No podemos pensar en el bien ó el mal sino habida cuenta de la conveniencia ó perjuicio que producen cosas ó personas. Y esto en todo, lo mismo si escuchamos ¡qué bueno es Dios!, como solía hacerlo después de comer el clérigo del epigrama, que si decimos ¡buen constipado he cogido!, dando á entender que el constipado es tal, que realiza cumplidamente la labor insana que como á tal constipado le compete.

Una sola excepción parece tener esta regla que abarca y comprende todas las otras cosas divinas y humanas. Esta excepción es el orden. El orden es bueno *per se*. Para ser excelente no necesita servir para nada. Que sea útil ó inútil, conveniente ó nocivo, siempre ha de ser por todos estimado como bien supremo. ¿Queréis la prueba? Es bien sencilla.

Años hace que aquí, en España, reina un orden perfecto. De poco tiempo acá es perfectísimo. Desde que D. Práxedes nos puso la mordaza á los infames *folicularios*, ni siquiera sufren los españoles la funesta manía de pensar. Veamos ahora de qué nos ha servido ese orden. ¿Evitó la guerra? No, padre. ¿Nos procuró el triunfo? Tampoco. ¿Conservó la integridad del territorio? *Nequaquam*. ¿Nos ha dado prosperidad? Venga Dios y véalo. ¿Paz? Ni por asomo. ¿Instrucción? Ni soñado. ¿Sosiego? Ni por pienso. ¿Justicia? Nones. ¿Seguridad? Cero. ¿Libertad? Ni pizca. ¿Prestigio? ¡Vamos, hombre! En medio del orden más perfecto, la patria se desmembra, nuestra leyenda se acaba, nuestro nombre anda en lenguas por el mundo, el caciquismo se esponja, el favoritismo domina, la criminalidad se acrecienta, la ignorancia triunfa, la miseria reina, el hambre aprieta, el fisco se ensaña, el trabajo sucumbe, la producción se extingue y la bancarrota se acerca. ¿Habrá, no obstante, alguien tan osado que se atreva á pensar y á decir que ese orden, que no parece habernos hecho bien alguno, deje de ser el más excelso y codiciable de los bienes?

Ni valga afirmar que sin él aún estaríamos peor de lo que estamos. Esa proposición, cuya exactitud aquí no se discute, sólo alcanzaría valor demostrativo si se pretendiese considerar al orden como un *jus aller*, una especie de mal menor. Para probar su excelencia es insuficiente. No se dice que es buena la madre que maltrata y desatiende á sus hijos, por más que aún pudiera ser peor la situación de los niños si fuesen huérfanos. No es bueno un puro del estanco, aunque un fumador le prefiera á no fumar nada. No se reputa limpia el agua de una ciénaga, aunque valga más para el sediento que no tener ninguna. Para estimar y reconocer que las cosas son buenas, á nadie le basta el considerar que pudieran ser todavía peores.

Es, pues, el orden cosa excelente valga ó no valga y sirva ó no sirva. Entiéndase que hablamos de lo que los políticos llaman orden público. Otros órdenes hay que, al igual de todas las demás cosas, se estiman por sus efectos. El orden que rije los movimientos de los astros sirve para mantener la armonía en el universo. El orden de las ideas sirve para juzgar cuerda y rectamente. El orden en las funciones procura la salud, bien excelso y condición de toda dicha. El orden en la vida es la forma de la conducta digna y honrada. Un orden de fenómenos es la realidad, y un orden de conocimientos la ciencia, y un orden de motivos la moral, y un orden de formas la belleza y un orden de acciones el derecho. Todos estos órdenes producen una utilidad y cumplen un fin.

Y aquí la duda. ¿Puede darse un orden que, á diferencia de todos los otros órdenes y aun de todas las otras cosas, merezca ser tenido por sumo y estimable bien, aunque no preste la utilidad que el orden debiera prestar ni cumpla los fines que el orden debiera cumplir? ¿O será acaso que eso que los políticos suelen aquí llamar orden sea un orden mentido, un orden aparente, una falsificación del verdadero orden social que tiene por bases la justicia y la razón? ¿Se tratará de lo que denomina Campoamor en una de sus inge-

nias y sugestivas paradojas «un desorden ordenado»? Piénsalo, lector y decide.

ALFREDO CALDERÓN.

SOLDADOS ENFERMOS

El monstruo de la guerra abre de nuevo sus enormes fauces, para devolvernos lo que le sobra; centenas de soldados enfermos que han conseguido de la muerte un breve y miserable compás de espera...

No sirven ya para la lucha; perdieron en ella las fuerzas, arrebatadas por el enemigo y por el clima, y hoy vuelven á la patria buscando la salud del cuerpo y la alegría del espíritu.

Mas ¡ay! Eso es una dulce ilusión, que va debilitándose conforme se acercan á la soñada playa, completamente desvanecida al pisar la tierra donde dejaron todas sus afecciones.

La patria que los despidió con aplauso, los recibe ahora con indiferencia, y, como la madre espartana, se preocupa más del éxito de la batalla que de la suerte de sus hijos...

Después de todo ¿qué les importa á ellos? Saben que van á morir, porque llevan la muerte en el corazón, y saben que no llega á tiempo el aire puro de las montañas, ni el cariño del hogar donde les aguardaron tantos días con lágrimas y suspiros. ¡Y aún se sentirán felices si pueden morir en los amantes brazos de los suyos!

De todas las impresiones de mi vida ninguna tan profunda como la recibida al visitar el *Colón*, hospital flotante, que ha cruzado los mares con una carga de horrores y miserias... La vista de aquellos soldados enfermos, en cuyos rostros pálidos, desencajados, moribundos, veíase esa tristeza del vencido, hierática y augusta, me inspiró bien distintos sentimientos: piedad, odio, compasión, rabia, todo á un tiempo y todo fundido en una interrogación dirigida al cielo y á la tierra... ¿Por qué?...
Sí: ¿por qué pasa esto? ¿Dónde están las leyes de abajo, ó de arriba, como queráis, que lo autorizan y lo consienten?

Esos espectáculos tristísimos no son los horrores de la guerra, son los horrores de la vida.

¿Qué importa el escenario si el drama no varía? ¿Qué más da una que otra lucha si la víctima es la misma siempre? El vencido eterno es el pobre, el miserable: el que sin tener nada, ni valer nada, tiene fuerzas para todo y vale para lo que se quiere que valga. De él se saca un soldado para defender la nación, un voto para el cacique, un «¡viva!» para lo que el amo disponga, brazos para labrar la tierra ó para convertir sus productos en dinero, y á poco que se le obligue entregará generosamente su cuerpo á las balas, sus pequeños á la anemia, sus hijas á la prostitución, sus ahorros al Erario... ¿Cómo no se inventa un nombre para calificar esta gran virtud que á todas las compendia? Porque ese eterno héroe, oscuro y despreciado, muere en los campos de batalla defendiendo la integridad del territorio donde no tiene ni un miserable puñado de tierra, y da su voto á un señorito que no conoce y vitorea cosas que no entiende, y trabaja en una industria que ha de enriquecer á otro... Y aunque nadie le dice una sola vez: «¡tienes derecho á... esto!», todo el mundo le grita á cada paso: «¡cumple con tu deber!»

He aquí lo que yo pensaba al contemplar á los pobres soldados que, á bordo del *Colón*, vuelven de la guerra heridos de muerte.

Amontonados en la cubierta, sucios y rotos, mirándonos con ojos mortecinos y curiosos como á animales raros, con algo indescriptible en el rostro, de donde huyeron para siempre los colores, la alegría y la juventud, parecían los modelos que sirvieran á Gustavo Doré para retratar el *Infierno* del Dante...

Cuando la crítica histórica del porvenir haga la psicología de los hechos, de igual modo que hoy se hace la psicología de los individuos, ¡qué juicios tan crueles tendrá para esta sociedad nuestra, cuyo progreso, civilización, etc., alabamos de continuo!

¿Y si luego resulta que no hay cielo? exclamaba Bartrina en un momento de sincera duda... Y yo, que he repetido lo mismo muchas veces, ya no quiero dudar. Quiero creer que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos, y que en la otra vida se hace la justicia que falta en el mundo.

Entonces esos pobres soldados verán desde arriba como se tuestan en las parrillas de Pedro Botero los que tienen la culpa de las guerras.

¡Y yo venderé mi alma al diablo para poder contemplar el *bisté*!

ANTONIO PALOMERO.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.